



Cantor de la vida

Nosotros que vivimos con el hermano Francisco... nosotros: León, Rufino, Silvestre, Clara... le escuchamos cantar muchas veces. No tenía una gran voz, pero cuando cantaba se asomaba el alma a su garganta. Cantaba con pasión. Así lo veíamos.

No os diremos nada de las canciones de nuestra juventud, en aquellas juergas que montábamos por las calles de Asís. Los vecinos estaban aborrecidos porque rompíamos sin miramientos el silencio de la noche. Eran canciones fruto del vino y del jolgorio.

Su padre Pietro, que hacía negocios de telas con la Provenza, le enseñó algunas cancioncillas en francés. Las cantaba cuando estaba particularmente contento. Al volver de estar con el papa de Roma cuando nos dio su bendición, iba Francisco por el valle de Rieti cantando en francés. Nosotros escuchábamos aquella melodía medieval que dice: "Douce dame Jolie..." (Dulce y bella dama). La habíamos cantado muchas veces; pero entonces era como si se la cantara a otra dama.

Había momentos en que no se podía contener. Es cierto eso que dicen sus biógrafos de que, lleno de una alegría imparable, cogía dos palos del camino y los frotaba como si fuera un violín acompañando su canto. Su rostro era otro; su mirada tenía el brillo de los ojos de los niños.

Pero su mejor canto fue, sin duda, el que vosotros llamáis el "Cántico de las criaturas". Él lo llamaba el canto a "Messor Sole" (Señor Sol). Es cierto que lo fue componiendo, poco a poco, a lo largo de su vida. Pero fue al final, cuando más enfermo estaba, cuando le dio el toque definitivo. Es un canto que se abre paso a través de las lágrimas, que brota de las horas de más densa penumbra, que se yergue sobre el dolor y la pena. Cuando peor se encontraba, se sentó y cantó.

Cantó al Dios que se hace humano, que se sitúa en lo más bajo de la creación para reconocer su dignidad. Cantó al coro de lo creado, la hermosura que reside en la conjunción y belleza de ese coro al que Dios mismo ofrece su amor y se anonada en él. Vio que la contemplación de la creación no puede hacerse sin espíritu de familia y ello mismo le llevó a ver que no es lícita ninguna violencia contra familiares, por lo que es preciso tratar a la creación con el cuidado esencial del amor. Para Francisco, cantar a las criaturas no puede hacerse sin anhelar esa conciencia cósmica de fraternidad.

La creación y el canto fueron el consuelo que, a veces, le negamos los mismos hermanos. Cuentan que Francisco, cuando estaba para morir, pidió a un hermano músico que aliviara su dolor tocando para él, pero el superior se lo prohibió porque los vecinos iban a pensar que los frailes estaban de fiesta. Pero también cuentan que por la noche, un ángel del cielo tocó para él la más dulce de las melodías.

Lo que sí sabemos cierto es que recibió a la muerte cantando. ¡Manera única de recibir a quien tanto se teme! Es que él ya había entendido aquello del evangelio sobre la alegría que nadie os podrá arrebatarse. El canto de Francisco sobrenadaba las dificultades de la vida y conectaba con el amor a Jesús y a sus hermanos, amor limpio y fresco como las aguas más escondidas de la montaña. Cantó porque amó.